

# HUMANIDADES

PUBLICACIÓN  
DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

DIRIGIDA POR

ENRIQUE MOUCHET

SECRETARIO DE REDACCIÓN : CARLOS HERAS

## TOMO XI

- |  |   |
|--|---|
| Enrique Mouchet, José Ingenieros. Carlos Silva Cruz. La expansión cultural de las grandes bibliotecas. | José Mouchet, La Universidad nacional de La Plata.  |
| Manuel de Montoliú, El humanismo y los estudios clásicos en la educación.                              | Hanny de Simons, Erasmo y sus impresores.   |
| Miguel Escalada, Elena.  | Nella Passini, San Francisco y los juglares místicos.   |
| Arturo Capdevilla, Esteban Echeverría en los salones porteños de la primera época de Rosas.            | Anibal Cardoso, Nuestros conocimientos en ciencias naturales durante la época colonial ( <i>continuación</i> ).                                       |
| Juan Chiabra, Carta del profesor Skrupelmann a Luis Pirandello.  | Homero M. Guglielmini, El estetismo de Benedetto Croce.   |
| Ángel Licitra, El maquiavelismo en su concepto histórico y científico.                                 | Mario Falcao Espalter (de Montevideo), Bibliografía del periodismo uruguayo: <i>El Universal</i> , de Montevideo (1829-1838) ( <i>continuación</i> ). |
| Arturo Vázquez Cey, El teatro de Florencio Sánchez.  | Enrique Mouchet, Nuevas orientaciones sociales en la enseñanza pública.   |
| Alfredo D. Calcagno, Contribuciones al estudio de la hafesthesiometría.                                | Carlos Heras, La supresión del cabildo de Buenos Aires.   |
| Hernán F. Gómez, La política correntina y la ocupación de la Banda Oriental por el Brasil.             |   |

## SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

- José M<sup>o</sup> Ots Capdequi : *Sobre la moderna historiografía jurídica hispanoamericana*. — Enrique Mouchet : *De California a Harvard*, de Enrique Molina. *L'année psychologique*, de Henri Piéron. *Tendencias actuales de la educación norteamericana*, de M. Salas Marchán. *Charlas pedagógicas*, de Victor Mercante. — Arturo Costa Alvarez : *Guía del buen decir*, de Juan B. Selva. — J. Chiabra : *Israël et la pensée latine*, de J. Bezar. — Arturo Vázquez Cey : *Oere*, de Alfonsina Storni. — Ángel Licitra : *Contessa e Regina, o Gli ultimi dei Chiaramonte*, de Agostino Gurrieri. — José Mouchet : *Después del Estreno*, de Octavio Palazzolo. — D. : *Historia del arte en todos los tiempos y pueblos*, de Karl Woermann. — Carlos Heras : *Documentos históricos*. *Boletín de la Junta de Historia y Numismática americana*.

## SECCIÓN OFICIAL

- Homenaje al poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín. Tercer Congreso universitario anual. Extensión universitaria. Homenaje al doctor José Ingenieros.

LA PLATA  
REPÚBLICA ARGENTINA

1925

LA EXPANSIÓN CULTURAL

DE LAS GRANDES BIBLIOTECAS (\*)

---

Ante todo, gracias por vuestra cordial acogida, al invitarme a hablar ante vosotros, habituados a verbo más autorizado y elocuente; al acudir en número tan crecido y selecto a este recinto, ilustrado por la obra cultural de la institución que en estos momentos me honra como huésped.

La Universidad de La Plata ha traspasado con su fama los Andes. Si no fuera en Chile tan conocida como lo es por la obra que realiza, lo sería por la simpatía que irradian las eminentes personalidades vinculadas a ella que nos han visitado, entre las cuales culmina para mí, por razones especialísimas, la de mi gentil presentante, el doctor Ricardo Levene.

En reciente paso por mi país, él honró con su palabra la sala de lectura de nuestra Biblioteca nacional, transformada al efecto

(\*) Conferencia pronunciada en el aula mayor de la Facultad, el 24 de junio. En esa oportunidad presentó al conferenciante el consejero doctor Ricardo Levene, quien pronunció el siguiente discurso :

Señor Decano,  
Señoritas alumnas y jóvenes estudiantes,  
Señores :

En el Congreso científico Panamericano, reunido en Lima, expuse el pensamiento de la reunión en congreso de los representantes de las Universidades e Instituciones científicas de América, como medio eficaz para combatir el culpable aislamiento en que se desenvuelven las culturas de estos países, que alcanza los límites inverosímiles del recíproco desconocimiento.

El intercambio de profesores e intelectuales de América — aparte el que realizamos constantemente con Europa — proporcionará la solución de

en salón de conferencias. Ante numeroso y escogido concurso de auditores, él esbozó, en síntesis comprensiva y honda, el concepto directivo que informa la evolución de esta progresista y activa Facultad de humanidades, sus trabajos de seminario, su extensión universitaria, su labor a la vez intensiva y expansiva de ahondamiento y difusión. Él vinculó para siempre esta institución de las orillas del Plata con aquélla de la falda de los Andes, obligando a su director a la recíproca. Y es excusado insistiros en que me siento feliz de que tan pronto me haya sido dado pagar la deuda, agregando este segundo eslabón, de áspera y ruda materia, a la cadena que, con uno áureo, comenzara a forjar no ha muchos meses, en nombre y representación de vosotros, vuestro ex decano. ¡ Puede esa cadena crecer cada día con nuevos y multiplicados eslabones, en un sólido intercambio que nos vincule más y más, que nos lleve vuestro pensamiento, que os trai-

cuestiones científicas y espirituales que nos son comunes, ampliando el horizonte de los hombres de estudio.

El doctor Carlos Silva Cruz, director de la Biblioteca pública de Santiago de Chile y eminente publicista, ha querido retribuir gentilmente la visita que tuve oportunidad de hacer a su patria.

Silva Cruz forma parte de ese esforzado núcleo de obreros que estiman que el mal que aqueja a América se resuelve por un problema de cultura, y trabajan con voluntad elevando el nivel de las conciencias y redimiéndolas de vicios y prejuicios atávicos. En ese núcleo figuran muchos chilenos, pero no puedo dejar de mencionar a José Toribio Medina, el ilustre americanista, Julio Montebruno, decano de la Facultad de humanidades de Santiago y a los profesores Armando Donoso, Luis Puga, Guillermo Subercasaux y Gabriel Amunátegui.

Es múltiple la acción de Silva Cruz, pero su obra personal, la que lleva el sello de su temperamento y de su serena pero continuada energía, es la Biblioteca pública de Santiago, a la que acaba de dotar de un imponente edificio, que el visitante admira por la grandeza y armonía de sus líneas. No se trata, sin embargo, de elogiar este aspecto exterior y material de las instituciones. Silva Cruz ha engrandecido la biblioteca de su patria, no tanto por las magníficas instalaciones levantadas y los tesoros de ricos ejemplares de la bibliografía universal que posee, sino por una nueva organización de la misma, en cuya virtud la Biblioteca pública de Santiago se transforma en un poderoso instrumento de cultura social.

Señores : En nombre de la Facultad saludo al doctor Carlos Silva Cruz y le invito a ocupar la cátedra, desde la que va a hablar acerca del tema cultural al que ha consagrado gran amor y largos afanes.

ga el nuestro, en un perpetuo ir y venir de ideales, de esperanzas, de realizaciones! Al fin y al cabo, realidades y problemas, vale decir, ideales y esperanzas, son entre nosotros comunes.

Porque son entre nosotros comunes los problemas y las realidades, las esperanzas y los ideales, yo he venido a estudiar y aprender entre vosotros. Vuestras conquistas, vuestras realizaciones pueden ser nuestra guía en muchos puntos, pueden abrirnos caminos, dilatarnos horizontes.

Acaso alguna que otra nuestra también pueda seros útil a vosotros en algo.

Pero — os lo repito, — yo no he venido aquí a *dar a conocer*; he venido a *aprender*. Salgo, pues, un poco de la misión que me ha traído a vuestro país, de la misión de estudio encomendada por mi gobierno, para la cual — y sólo para ella — venía preparado, al dirigiros la palabra en ésta, que yo no llamaría conferencia, sino charla, íntima y amistosa charla. Y es en gracia de esta circunstancia, y en uso de vuestra natural benevolencia que habéis de perdonar la pobreza de fondo y de forma en mi disertación. Los sabios tienen fama de indulgentes. Vuestra sabia inteligencia, vuestra indulgente sabiduría, cubrirá mis deficiencias.

Misión bibliotecaria es lo que me ha traído hasta vosotros. Vosotros sois universitarios.

¿Qué relación puede existir entre universidad y biblioteca, entre las grandes bibliotecas y las grandes universidades?

No hablo de las bibliotecas propiamente universitarias. Cada Universidad, cada Facultad universitaria tiene o debe tener la suya, parte integrante y vital de su multiforme organismo.

Hablo de las grandes bibliotecas públicas como organismos independientes y autónomos; de las bibliotecas nacionales con personalidad propia, como conservadoras de la tradición intelectual de una raza o de un conglomerado humano, archivo de su pensamiento y de su orientación mental a través de las edades, difundidoras de cultura, poseedoras de suficiente energía *centrífuga* para irradiar la cultura autóctona en todas direcciones, hasta afuera de los patrios lindes; dotadas de fuerza *centrípeta*

bastante para asimilar y propagar dentro de ellos lo más selecto de lo exterior y ajeno.

El eminente ministro de instrucción pública de los Estados Unidos mejicanos, José Vasconcelos, en un hondo y bien concebido proyecto de reorganización de los servicios escolares presentado al Congreso de su patria, propone dividir el departamento a su cargo en tres grandes secciones de igual importancia y de acción paralela: sección Escolar, sección de Bellas artes y sección de Bibliotecas; poniendo a cargo de la *primera* los establecimientos de enseñanza en todas sus ramas, a los que tienden la educación, es decir, a la formación del *ser moral*; destinando la *segunda* al fomento y dirección de todos los organismos que miran al cultivo del buen gusto, a la formación del *ser estético*, y dedicando la *tercera* a la selección y aumento del material impreso existente en el país, a la difusión del hábito de la buena lectura, del estudio y de la investigación, en una palabra, a la formación del *ser intelectual*.

En el luminoso informe que acompaña al proyecto, el señor Vasconcelos sienta la tesis de que, por muy completos y bien organizados que sean los establecimientos de educación, desde la escuela primaria hasta la universidad, ellos tienen que quedarse forzosamente cortos en la tarea de formar un pueblo inteligente, consciente e ilustrado, como lo requiere la activa y áspera competencia de la vida moderna, y ello por una razón de hecho incontrovertible: porque el período de juventud, que su influencia directa abarca, es demasiado corto en relación con el largo de la vida humana; porque el hombre escapa a esa influencia precisamente cuando empieza la etapa de la madurez, en que más necesita la inteligencia de cultivo, la voluntad de estímulos, la actividad de directivas.

Yo, a mi vez, añadiría que los establecimientos de enseñanza — escuela, liceo, colegio, universidad — son como los ingenieros constructores que despejan y nivelan la vía, dan el trazado de la línea, tienden los rieles por donde luego ha de correr ¡ay! demasiado presuroso, el tren de la vida; pero que, para que marche ese tren sin retardo, para que avance sin desmayo en una perpetua carrera de ascensión, ha menester una provisión constante de fuerza propulsora, siendo siempre consumida y siem-

pre renovada, cálida, enérgica, orgánica; y esa fuerza propulsora, sólo la proporcionan, sólo pueden proporcionarla los libros, los buenos libros, que son los acumuladores donde se almacena, siempre nueva y siempre viva, la energía intelectual de las edades.

Sostiene Vasconcelos que esa necesidad de estudio constante, de lectura permanente y selecta, difundida a todas las clases sociales, tal como la requieren, si han de ser verdaderas y prósperas nuestras democracias americanas, no puede ser satisfecha por el comercio de librería. Amén de que el alto precio de los libros hace imposible, para el ciudadano corriente de cualquiera de nuestras democracias, su adquisición y renovación constante en el número necesario, el comercio de librería, como todo comercio, sólo edita en grande y vende barato el libro sensacional, el que halaga las pasiones, el que tiene gran salida, que es, generalmente, el de menos valor intrínseco. El otro, el libro noble, útil, selecto, se da a luz en tan corto número de ejemplares que su precio resulta prohibitivo para el común de los lectores.

De ahí la necesidad y de ahí la importancia de las bibliotecas públicas, de fácil acceso, ampliamente difundidas, donde todos los lectores encuentren, si es posible, todo libro digno de ser leído, aun el más caro, aun el más escaso. De ahí la necesidad de un sistema completo de servicios bibliotecarios, tan amplio, tan extenso y tan cuidadosamente organizado como el sistema de servicios educativos; que funcione paralelamente con él, que tome al pequeño futuro ciudadano desde la edad escolar y aun — por medio de la estampa y del grabado — antes de la escuela; que lo siga a través del colegio, del instituto, de la universidad, si es que a ella llega; que colabore con la obra de todos estos establecimientos y la complete; que despierte el amor a la lectura; que provoque esa sed insaciable del saber, madre de todos los progresos humanos, y la satisfaga y la mantenga en la vida adulta, después de haber cesado la influencia escolar o universitaria, sirviendo así de alimento y de combustible espiritual a través de todas las etapas y de todas las vicisitudes de la vida.

Entiendo en este concepto hasta cierto punto nuevo, pero

que corresponde de lleno a las necesidades de la vida moderna, un sistema bibliotecario bien ideado y completo, tal como lo han menester nuestras democracias americanas, debe, en consecuencia, comprender varios grados de bibliotecas públicas, íntimamente relacionados y orgánicamente conectados entre sí, a saber:

A. — La *Biblioteca infantil*, calculada para los chicos de cuatro a catorce años, con carácter eminentemente educativo y con material sano, moralizador y estimulador, seleccionado en vista del primordial objetivo de despertar la curiosidad intelectual, valiéndose de los resortes propios de la psicología infantil: la imaginación, la fantasía, el amor por las cosas concretas, por las formas y por los colores.

B. — La *Biblioteca popular*, destinada al gran público, especialmente al trabajador manual, a los hombres del músculo, a la carne de taller, a los y a las que pasan la vida encorvados sobre la máquina, sobre la aguja, sobre la azada o el arado, y en quienes el predominio exclusivo de la labor material está llamada a producir la atrofia de las facultades superiores del espíritu. Esta biblioteca debe estar calculada para restablecer el necesario equilibrio, cultivando la mente y ennobleciendo la tarea manual por medio de la explicación de su mecanismo y de su significado social, convirtiendo en tarea consciente el trabajo mecánico y abriendo una pequeña ventana por donde esas almas aprisionadas puedan asomarse alguna vez al gran panorama de la naturaleza y del arte.

C. — Las *Bibliotecas técnicas especiales*, llamadas a cooperar en el desarrollo y perfeccionamiento de las diversas tareas profesionales e industriales, y cuyo fondo debe ser el que corresponda al ramo respectivo, siempre sobre base estrictamente científica y al nivel de los últimos adelantos.

D. — La *Biblioteca superior general*, suma y síntesis de todas las otras, donde todos encuentren todo, desde el solaz y el esparcimiento hasta las herramientas del más elevado trabajo de investigación original o de creación mental. Esta biblioteca, la gran biblioteca, debe ser esencialmente informativa y propulsora, debe servir de modelo y orientación a las demás, y de punto de referencia y estímulo a todas las actividades sociales. En ella

cada cual debe encontrar el dato que necesita y el conocimiento que busca, el depósito intelectual en que acopiar materiales, la gran *clearing house* en donde conectar su actividad con otras actividades paralelas. Ella debe ser la gran Universidad de todos y para todos, magníficamente abierta a todas las ideas, ampliamente acogedora, donde las academias encuentren hogar y los productores cerebrales tribuna.

Si a las bibliotecas del grado A — vale decir a las *infantiles* — corresponde la tarea de echar en tierra virgen el primer grano que ha de ser más tarde árbol robusto, grato de sombra y prolífico de frutos; si las del grado B — las *populares* — han de ser las niveladoras sociales (no por el procedimiento negativo de rebajar lo alto, sino por el fecundo de elevar lo bajo); si las del C — las que he llamado *técnicas* — tienen el importantísimo papel de ayudar al florecimiento económico, haciendo más perfecto el trabajo, más consciente al trabajador y, por ende, más eficientes al uno y al otro; las últimas, las grandes bibliotecas generales, las del grupo D, tienen, a mi juicio, un doble e importantísimo papel que desempeñar: 1° *crear* cultura, estimulando y facilitando la producción intelectual por todos los medios posibles; 2° *propagar* cultura, poniendo el producto intelectual al alcance fácil y expedito de todos.

Para lo primero y lo segundo se necesita ante todo la buena organización de los catálogos y la creación de una sección especial de *informaciones*, donde el investigador, el crítico, el literato, el periodista puedan encontrar una sabia guía en la rebusca de sus datos, modelos o materiales; y donde también el simple lector, aun el más lego, tenga un hilo de Ariadna en el dédalo de lo impreso y publicado en todos los tiempos y en todas las materias.

Órganos bibliográficos adecuados, en forma de *Revista*, de *Anuario*, darán cuenta metódicamente de la producción en los diversos ramos, buscando para ello la colaboración de especialistas, que nunca es difícil obtener.

Es muy recomendable la publicación y venta de catálogos por materias, en forma de fichas impresas y expandidas en mazos o paquetes, que se mantienen al día por el suministro periódico de nuevas fichas, correspondientes a las accesiones, para ser in-

tercaladas donde corresponda; ventaja que no poseen los catálogos en libros, tan pronto publicados como añejos, dada la inmensa producción de nuestros tiempos.

Éstos son los más eficaces medios generales. Pero hay medios especiales que las bibliotecas pueden emplear con éxito para la consecución de cada uno de los dos grandes fines enunciados.

Para el primero, para estimular y facilitar la producción intelectual, es conveniente que la biblioteca procure ser un centro de actividad intelectual, que acoja con liberalidad en su seno a los trabajadores del espíritu, dándoles facilidades especiales, procurándoles fácil acceso a los libros y documentos, comodidad, tranquilidad e independencia para el trabajo en la biblioteca misma, salón *ad hoc* para los diversos órdenes de estudios, salitas de *seminario*, para el trabajo individual en una materia dada, con la documentación al alcance de la mano.

Todas las sociedades científicas, jurídicas, históricas, literarias o artísticas, que hagan labor seria, todas las academias, todos los ateneos, deben encontrar en la biblioteca un hogar cariñoso, salas para sus sesiones privadas, aula para sus sesiones públicas, rincones seguros para su secretaría, archivo o biblioteca propia. Un pequeño fondo en el presupuesto de la biblioteca destinado a la adquisición de obras nacionales para el canje internacional, hará en este sentido un doble bien: él permitirá ayudar con la compra de cien, doscientos ejemplares a los autores de aquellas obras serias y meritorias, que por su naturaleza tengan poca venta; y él servirá, a la vez, para dar a conocer esas obras fuera de las fronteras, con la consiguiente ventaja para las letras patrias.

Para el segundo de los fines enumerados, para poner el producto intelectual expedito y fácilmente al alcance de todos, es menester que las grandes bibliotecas no se limiten, como muchas hasta aquí, a esperar pasiva, y tal vez demasiado *pacientemente*, que los lectores vengan de un modo espontáneo a hurgar en los catálogos y a solicitar los libros. Lo que no se conoce no se estima. La masa inculta no aprecia la cultura.

En todos los países del mundo se ha establecido, con más o menos estrictez, la enseñanza primaria obligatoria; y con este barniz, casi diría con este *camouflage* universal de cultura, nos

damos por muy satisfechos. Sin embargo, la experiencia diaria, la triste experiencia diaria — y en mayor grado aun la experiencia de las épocas aciagas, como aquellos horribles días de la guerra mundial — nos está demostrando que, con instrucción obligatoria y todo, la masa humana, aún en los países que marchan a la cabeza de la civilización, no está civilizada sino a medias. ¡ Qué no sucedería en nuestra América, en esta inmensa y despoblada América, gran crisol de razas nuevas en un heterogéneo y todavía un tanto crudo cultivo !

Y es que, como decía al principio, la influencia educativa de la escuela es demasiado breve para ser perdurable, y el período posterior de abandono demasiado largo para ser informado por aquél.

Ya que no podemos, pues, hacer la *lectura obligatoria*, hagamos que nuestras bibliotecas, grandes y pequeñas, *obliguen* a la masa a leer y cultivarse, con esos procedimientos suaves e insinuantes, más eficientes, a veces, que la *obligación sancionada*.

Acaba de llegarme, en el correo de Chile, una revista en que se da cuenta de los progresos realizados por la *Sección infantil* de nuestra Biblioteca nacional, en el breve período de ocho meses que lleva de existencia (se inauguró en octubre del año pasado, con ocasión del Congreso panamericano del niño). Está a cargo de una joven educacionista, graduada de *profesora* en nuestro Instituto pedagógico y de *bibliotecaria* en la New York Public Library, donde recogió la experiencia del país que marcha a la cabeza del mundo civilizado en esta materia.

Acostumbrar a los niños al uso de los buenos libros, al cariño por los buenos libros, hacer de ellos grandes y buenos lectores, es una obra santa y eminentemente civilizadora, porque una vez adquirido el hábito, y habiendo siempre establecimientos adecuados a mano, el niño lector pasará irremisiblemente de la biblioteca infantil a la biblioteca popular, a la biblioteca técnica, a la gran biblioteca; será toda la vida *un lector* y, lo que es más importante, *un buen lector*.

La biblioteca infantil puede aprovechar el cuento semanal, las fiestas patrias y otras ocasiones, y, sobre todo, el consejo constante de la directora, para formar no sólo la inteligencia y

el criterio selectivo de los diminutos asistentes — ciudadanos de mañana — sino también sus sentimientos morales, sociales, patrios.

Otro medio muy eficaz de propagar la afición a los buenos libros es el servicio de *lectura a domicilio*. En nuestra Biblioteca este servicio constituye una sección especial, con un fondo seleccionado de 30.000 volúmenes.

Existe el servicio de sucursales en los barrios alejados del centro de la ciudad, el de envío de libros a provincia por correo, el de préstamos a otras bibliotecas de los libros que éstas no poseen.

Está próximo a empezar sus viajes por el país un vagón-biblioteca proporcionado y movilizado por los Ferrocarriles del Estado y provisto de libros por la Biblioteca nacional. En su nuevo edificio ya construido y en parte habilitado, el establecimiento ampliará y perfeccionará todos estos servicios.

Yo estimo, señores, que todas las bibliotecas de América deben poner en práctica el principio que es base de la política bibliotecaria en los Estados Unidos: el de la *agressive library*, la biblioteca agresiva, la que rompe su clausura, sale de su recinto y va a buscar al lector en su casa, en el taller, la oficina, el conventillo, en todas partes.

« Dejad a los niños que vengan a mí », decía el predicador de Galilea. « Haced que todos los niños, todos los hombres, todas las mujeres vengan a mí », deben decir las bibliotecas modernas.

En Europa existe la vieja tradición de la cultura secular, hecha carne y sangre en las razas. Esa tradición empuja el carro de la civilización sobre aceitados rieles. La obra educadora es relativamente fácil.

En nuestra ruda América todo tenemos que crearlo, todo tenemos que improvisarlo. Y las instituciones deben tomar moldes peculiares y propios, para las propias y peculiares necesidades.

Los pueblos de América, especialmente los de la América latina, carecemos de una literatura abundante que refleje todos los matices de nuestra naturaleza, de nuestro suelo, de nuestro cli-

ma, de nuestra fauna y flora, de nuestros panoramas y paisajes, de nuestra historia y prehistoria, de nuestra sociabilidad, de nuestras costumbres, de nuestra peculiar idiosincrasia.

Además, la literatura propia de cada uno de los países hermanos es casi enteramente desconocida en los otros. Por falta de relaciones directas nos miramos los unos a los otros a través del criterio extraño, a través de los libros extraños y aun a través de la prensa extraña. El lector corriente, en cualquiera de nuestras ciudades, está imposibilitado para conocer las obras latino-americanas; y, aun respecto de las europeas, sólo puede conocer de ellas una parte muy restringida, por la dificultad de los idiomas y por falta de traducciones adecuadas.

Las grandes bibliotecas — y especialmente las bibliotecas nacionales — pueden y deben tender a remediar, siquiera en parte, estos males. Ellas pueden ponerse en más estrecho contacto entre sí, intercambiarse noticias bibliográficas, facilitar el comercio mútuo de libros, que los comerciantes en el ramo desatienden casi en absoluto, estimular la edición de obras americanas y la traducción de obras europeas, poner todo ello al alcance del gran público, abrir, en una palabra, nuevos horizontes a los hombres y a las mujeres de América, que han hambre y sed de nutrición espiritual más adecuada, más selecta y más completa.

¡ Puedan los gobiernos, puedan los Mecenas, puedan los hombres a quienes la suerte dió la fortuna — esa palanca de Arquímedes del mundo contemporáneo — penetrarse de estos postulados y ayudar a ponerlos en práctica con largueza, método y conciencia!

Sea cada uno de los que me escuchan un apóstol en esta cruzada, como yo trato de serlo en mi país, para bien de nuestros hermanos, los que no disfrutaban de las ventajas nuestras, los que no vienen a nuestras Universidades, los que no saben de la belleza de la vida del espíritu.

La exaltación de esos nuestros hermanos, parias del intelecto, será la exaltación de nuestros países respectivos y la gloria de América.

América, nuestra América, la América latina, sólo será un *continente* en un sentido un poco superior al meramente geográ-

fico, sólo será un factor respetable y respetado, como conjunto, en el concierto de las fuerzas convergentes de la civilización universal, el día en que todas y cada una de las células nacionales que la forman eleve y refine y homogenice hasta el máximo su propio contenido cultural, el día en que todas se concierten en un conglomerado espiritual verdaderamente íntimo y orgánico, a cuya formación vosotros, universitarios, y nosotros, bibliotecarios, podamos contribuir en alto grado.

CARLOS SILVA CRUZ.

